

CONFERENCIA

PASADO Y FUTURO DE LA OBRA DE ALEXIS CARREL

Por

EDUARDO ADSUARA*

Hace once años —el 5 de noviembre de 1944— en una madrugada de otoño de un París recién liberado, moría Alexis Carrel, premio Nobel de Medicina, gran investigador, hombre de hondísima preocupación humana y auténtica y sincera fé religiosa.

Ni las calumnias que provocó su vieja amistad con el Mariscal Pétain; ni la incomprensión de sus ideas; ni aún el olvido de quienes quisieron ser sus discípulos, podrá jamás borrar el nombre de Carrel de la historia de nuestro tiempo. No sólo por lo que hizo —y aún esto solo bastaría— sino por lo que no hizo. Por lo que apenas pudo sino esbozar vagamente. Por todo lo que fué último proyecto, ansia incontinida, realidad concreta.

En octubre de 1943, en el silencio de su isla de S. Gildas —en el norte de Bretaña— exactamente a un año de la fecha de su muerte, decía a Don Alexis Presse —su gran amigo el Abad de Boquem—: "Pido a Dios que me conceda aún diez años de trabajo. Con lo que he aprendido y experimentado, creo que llegaré a establecer científicamente las relaciones objetivas entre lo espiritual y lo material y a demostrar así la verdad y la acción bienhechora del Cristianismo". Dios dispuso de otro modo. Pero ese trabajo al que Carrel pensaba dedicar sus últimos años, ¿habrá de ser relegado? ¿No será posible que alguien, un día, eche sobre sí la tarea —y la responsabilidad— de proseguir esa obra?

(*) Profesor de Historia de Medicina de la Facultad de Medicina de Madrid.

Dejad que hoy, esta noche, junto a vosotros, intente yo deciros algo de su vida extraordinaria. Ojalá mis palabras sirvan para acercaros un poco al calor de su persona.

Tituló Carrel un libro suyo: "El Hombre, ese desconocido". Quizás nada le cuadre mejor a él mismo, que el título de su propio libro. Porque eso: "un desconocido", fué para sus enemigos y amigos.

Como los profetas, hubo de luchar con la ceguera de sus contemporáneos. Y como los profetas —¡también!— debió morir lapidado y execrado. Tal fué su sino.

Hoy —a once años tan solo de la fecha de su muerte— vamos estando quizás en situación de comprender sus proyectos. La obra de Alexis Carrel no ha concluído. Tiene un Pasado, que él cumplió maravillosamente. Pero tiene también un Futuro, que nos compete a nosotros. Mostraros cómo fué, qué quiso ser, tal es el tema —amigos— de mi charla de esta noche.

A menos de cinco kilómetros de la Plaza Bellecour —centro y alma de Lyon— en dirección sud-oeste, sobre una de las colinas, se extiende hoy un pueblito: Sainte-Foy-Lés-Lyon. Allí nació el 28 de junio de 1873 un niño que, dos días más tarde, se llamaba en el bautismo María-José Augusto. Su padre —Alexis Carrel Billiard— era fabricante de tejidos. Su madre —Ana María Ricard— hija de un comerciante en lanas. Tal es el ambiente burgués, cómodo, provinciano, que envuelve sus primeros años. En 1877 —cuando ya estaban listos los planes de una fábrica en Alsacia— a los 32 años, muere el padre de familia.

La joven Ana María, que apenas cuenta 25 años, queda sola con sus tres hijos: Augusto, José y Margarita. He aquí a nuestro pequeño hombre, con sus cuatro años y pico, convertido, de golpe, en el hombre de la casa. El lo sabe, y un cierto aire serio de vaga responsabilidad, atezca, quizás, su cara y perfila su carácter. Carrel no será nunca un muchacho irresponsable. En el Colegio de San José, de los jesuitas, hace su bachillerato. El 12 de junio de 1885 —va a cumplir 12 años— recibí la Primera Comunión y la Confirmación.

Ya en el Colegio se muestran sus caracteres más firmes: valiente, serio, independiente, solitario; dijérase que escucha dentro de sí una música bellísima y por eso se recoge. Apenas —de vez en cuando— deja entrever un resquicio de su alma. Ni sus amigos más íntimos sabrán jamás, exactamente, lo que piensa y lo que cree. Carrel no fué nunca un estudiante modelo. En 1889 obtiene su bachiller en letras y al año siguiente —1890— su bachiller en ciencias. Acaba de cumplir 17 años. Y en octubre de ese año, 1890, sigue su primer curso en la Facultad de

Medicina. La cirugía le atrae de una forma misteriosa. Ese ansia incontenida de exploración de dominios ignorados es —justamente— lo que va a determinar su trabajo en adelante. Ni el dinero, ni la vanidad, ni los premios, cuentan ya para este joven estudiante.

Año tras año, Carrel va ganando sus concursos: en 1893 el externado. En 1896 el internado. En 1898 ayudante de Anatomía con el célebre profesor Testut. En 1899 prosector de Anatomía. Tiene Carrel 26 años. Su asombrosa habilidad manual es proverbial entre sus compañeros. En especial en el campo de la medicina operatoria. Justamente unos años antes —el 25 de junio de 1894— el asesinato en Lyon del Presidente Carnot, había puesto sobre el tapete uno de los grandes temas quirúrgicos de la patología de todos los tiempos. El puñal había seccionado la vena porta y el herido, desangrándose en el coche, muere en el hospital ante la impotencia de los médicos que no pueden hacer nada.

¿No pueden hacer nada? En 1896 Carrel conoce los trabajos de Jaboulay y de Briau. En ellos ve un campo ilimitado de experiencias y de éxitos. Pero había que mejorar la técnica. Es necesario encontrar unas agujas muy finas. Es necesario manejar resueltamente el finísimo hilo sin que se quiebre en las manos. No importa. Carrel toma lecciones de bordado en casa de una célebre bordadora, Mme. Leroudier, siempre pensando en sus imposibles suturas vasculares.

En la Facultad de Medicina comienza a experimentar con perros y gotas, ayudado por el Dr. Bérard, en el laboratorio de Augusto Lumière, primero, y en el laboratorio del Prof. Soulier con la ayuda del Dr. Morel, más tarde. La gente se ríe de la aguja de Carrel. No será ésta la única vez que deba soportar las ironías de sus conocidos. Carrel sabe bien lo que quiere y trabaja sin descanso, seguro del éxito. En 1902, en el "Lyon Medical", hará su primera comunicación sobre el tema: "La técnica operatoria de las anastomosis vasculares y el transplante de vísceras".

Pero mientras tanto, trabajaba en silencio, prepara su Tesis Doctoral con el Prof. Poncet. —"El Bocio Canceroso"— que lee en 1900 y acude a tres concursos:

El primero, como Jefe de Clínica Quirúrgica en el servicio de Poncet. No es Carrel, sino Vignard, quien obtiene el puesto.

El segundo, como médico de los Hospitales. Nuevo fracaso. Es 1900. Tiene 27 años.

El tercero —1901— otra vez fracasa en un concurso para los hospitales. ¡Ah! No. Esta ya es la última. Y sin duda con esa ruda franque-

za con que habló toda su vida, se sublevó contra aquel ambiente mediocre, dogmático, laicista, estrecho, del Lyon de fin de siglo. Carrel siente deseos de abandonarlo todo. De marchar lejos. Precisamente no hace mucho, unos jóvenes misioneros a quienes dió unas clases de cirugía de urgencia, le rogaban que los acompañara al Canadá. Carrel duda. /Qué lejos estaba de imaginarse que Dios —en medio de su fracaso— lo traía a su camino!

Un día de mayo de 1902, un compañero le ruega que le preste un gran servicio. Carrel debe sustituirle como médico en una Peregrinación a Lourdes. La cosa es urgente; no hay mucho lugar a dudas. Aún a regañadientes, Carrel acepta. Después de todo, quizás valga la pena. ¡Se habla tanto de Lourdes! La inverosímil historia de las tres niñas —Bernadette y Marie Soubirous y Jeanne Abadie— ha dado la vuelta al mundo. Aquella Señora que por primera vez se apareció a Bernardita —14 años escasos— el jueves, 11 de febrero de 1858, ha atraído a Sí peregrinos de todas partes. El brevísimo manantial que Bernardita arañara con sus propias manos, no ha cesado de manar un día. Y en sus aguas han hallado la salud cientos de enfermos. Enfermedades terribles, incurables. Carrel conocía ésto. El había leído los libros de Lasserre, Didary, Zola, Doissarie. Pero no creía. Su primera formación católica había sufrido al contacto de la crítica racionalista. Seducido por la escuela alemana positivista, sus ideas religiosas habían sido reemplazadas por un escepticismo indulgente. Por qué no ir, pues, a Lourdes". A él me remito. Permitidme, tan sólo, que añada los pocos datos que completan su relato: La "Peregrinación Lyonesa de enfermos a Nuestra Señora de Lourdes" —organizada por el canónigo Bridet, párroco del Santísimo Sacramento— salió de Lyon el lunes, 26 de mayo, de 1902, hacia las 2 de la tarde. No es fácil imaginar lo esforzado de un viaje que duraba veinticuatro horas, en unos vagones estrechos, sin comodidad alguna, con escasa ventilación y con recursos precarios. A cada estación, Carrel debía ir con su jeringa de Pravaz y sus solucionnes de éter, cafeína o morfina para aliviar un enfermo. A las 6 de la tarde visita a su enferma. A las 6 de la tarde visita a su enferma. A las 3 de la madrugada debe inyectarle morfina. Marie Bailly —así se llama esta muchacha de 23 años— yace desvanecida, sobre un jergón, en el suelo, respiración anhelante con los ojos febriles, inquieta: "No llegaré nunca a Lourdes!", exclama. En el fondo de sí mismo, Carrel pensaba otro tanto. La explora. Padre, madre y un hermano, muertos de tuberculosis. Ella, desde los 13 años, bronquitis tuberculosa; a los 17 una gran pleuresía. Dos litros y medio de líquido en dos punciones sucesivas. Dos años de

cama. Tuberculosis pulmonar y laringitis. Un año más de reposo. Grandes dolores de cabeza y por fin —inapetente, delgada, sin fuerzas— el diagnóstico terrible, peritonitis tuberculosa. Ahí estaba su vientre distendido por materias sólidas; mareada, febril, con las piernas hinchadas, 120 pulsaciones, respiración jadeante, Marie Bailly pasa esta noche espantosa entre el vaivén de los coches. Fuera comienza a alborear el día. Carrel anota en su pequeña libreta: "Es el aspecto de una peritonitis de forma úlcero-caseosa. He hecho el diagnóstico de P. T.". Y acaba: "Pas d'exaltation mystique".

Hacia las 2 de la tarde del martes, 27 de mayo, llega el convoy a Lourdes. La tierra del milagro está ahí, con la esperanza tendida junto a los pies de la Virgen. Cientos de voces rezan, cantan, gimen, suplican y una plegaria sola se repite varias veces: "Ave Maris Stella —Dei Mater Alma..."

Marie Bailly es llevada a la sala de la Inmaculada Concepción del Hospital de Nuestra Señora de los Siete Dolores. Muy fatigada, 120 pulsaciones. Grave.

Al día siguiente, miércoles, 28 de mayo, a las 9 de la mañana se la lleva a las Piscinas. No se la baña. Tan sólo se le dan unas lociones de agua fría sobre el pecho y el vientre. Regresa a las 10 al Hospital. Gravísima. Pulso 150. Respiración muy rápida. Cara azulada. Inyección de cafeína. Paños calientes. Hielo. A la 1,15 de la tarde, Carrel vuelve a examinarla. Su estado es pre-agónico. Respiración 90. Pulso 160. Cara muy pálida, ligeramente violácea. Nariz y orejas, heladas. El Dr. Geoffray, que también la examina, la considera ya muerta. Aún puede esperarse algo?

Contra toda esperanza humana, contra cualquier imposible —No dijo Carrel: "Se va a intentar el imposible prodigio de la resurrección de una muerta"? —Marie Bailly pide de nuevo que se la lleve a la gruta. Es la 1,30, A las 2 se renuevan las lociones. Sufre muchísimo. Un dolor agudísimo le traspasa el vientre. Y de golpe, inexplicablemente, la calma. Las mejillas se colorean. Su mirada se aviva. Se incorpora levemente y tranquila, sin un grito, sonríe a la enfermera y dice: "Estoy curada". Son las 2,20 de la tarde.

Delante de la Gruta, hay aún muy poca gente. Carrel no puede creer lo que sus ojos le dicen. El vientre de Marie Bailly se deprime suavemente. Sus ojos brillan de fé. Como una brisa, hay algo en torno, en el aire, en sí mismo, que le trastorna, le envuelve. "Estoy alucinado" piensa, y sacando su estilográfica, en el puño de su camisa, escribe: "Las 2,40".

Pero no; no está alucinado. A las 3,10 la manos, la nariz y las orejas están calientes. Respiración, 40 por minuto. Pulso 140. Toma un poco de leche. No vomita.

A las 4,15 se la lleva a la Oficina de Comprobaciones Médicas. Se la reconoce de nuevo y se certifica su mejoría. A las 7,30 de la tarde, en el Hospital, nuevo reconocimiento. Carrel, atónito, comenta la curación de la enferma. A la mañana siguiente —jueves, 29 de mayo— se levanta, come, baja a la Piscina y toma, en acción de gracias, su primer baño de agua. Respiración 18, Pulso 88. Vientre normal. Queda un pequeño nódulo, duro, profundo y adherente.

El viernes, 30 de mayo, sube al tren. Viaja 24 horas. Llega a Lyon. Lourdes quedaba lejos.

Carrel está —¡otra vez!— en su vieja Facultad. Dijérase que hace un siglo que la hubiera abandonado. Esta semana de Lourdes trastocó muchos callados; misteriosos sentimientos. Sin duda piensa. He ahí un hecho anormal, extraordinario, inexplicable. ¿Y la ciencia positiva? ¿Y el racionalismo de la escuela alemana?

Carrel no se atreve aún a afirmar que sea un milagro. Pero este ambiente laicista, ateo, de sus viejos profesores; ese negarse ensañando a la verdad de los hechos, le produce desilusión y tristeza.

¿No llegaron, incluso, a decirle: "Amigo, con sus ideas, haría mejor en renunciar a los concursos, jamás llegará a nada"? Pero sus ideas no eran otras que las de un amor real, insobornable, a la verdad de las cosas y una leal, valiente, "oportuna e inoportuna" —como quería el Apóstol— declaración de la misma. Sin duda, debió de ser penoso para Carrel ese año lyonés en que va consumándose el divorcio entre su ambiente social, universitario, efectivo y su propia alma. Termina algunos trabajos de cirugía experimental y se dispone a marchar.

Acaba de cumplir 30 años. Desde diciembre de 1903 hasta marzo de 1904 vive en París. Definitivamente la medicina no le interesa más. Proyecta su viaje americano. La elección recae en el Canadá —"La Francia de América"—. Alguien le pregunta qué piensa hacer y él responde que dedicarse a la cría de vacas. La decisión es tajante. En marzo vuelve a Lyon. Se despide de su madre. Ella le anima. Se hace todo en secreto. Nadie se entera. Y un buen día —el jueves, 5 de mayo de 1904— Alexis Carrel sale, por fin, de Lyon.

Diez días después —el domingo 15 de mayo— sale el barco de Bordeaux. Catorce días después —el domingo 29 de mayo— desembarcan en Québec. ¿Qué primera impresión recibiría Carrel de esta tierra americana que va a ser testigo de su trabajo y su éxito? Tres días

después llega a Montreal. Pasea por las calles; ve un Hospital; entra. Un médico le sale al paso. Se presentan. ¿Alexis Carrel? ¿Pariente del gran sabio investigador de Lyon? Y, de pronto, inesperadamente, he aquí a Carrel —de la mano de su nuevo amigo— en plena sociedad que le conoce y le admira.

Al mes justo de su llegada, toma parte en el "Segundo Congreso de Medicina de Lengua Francesa de la América del Norte". Lee una comunicación titulada: "Las Anastomosis Vasculares. Sus técnicas operatorias y sus indicaciones", que aparece publicada con todos los honores en la *Revue Medical du Canada*, del 20 de julio de 1904. Pero Carrel insiste en sus planes ganaderos. Quiere conocer de hecho la realidad de esa tierra. Y el 24 de julio sale por 17 días a recorrer la región de Ottawa. Del 10 al 18 de agosto vuelve, de nuevo, a Montreal.

Y este día —el 18 de agosto de 1904, jueves— inicia un viaje hacia el oeste. En 35 días recorre Winnipeg, Calgary, Vancouver, llega a S. Francisco el 3 de septiembre y a Los Angeles el 10. El 22 de septiembre de 1904 llega, por fin, a Chicago. Cansado, sin duda, físicamente. Pero cansado, decepcionado, desorientado —sobre todo— espiritualmente. Hace cuatro meses que pisara esta tierra y él —el gran cirujano francés, ambicioso y decidido— no sabe bien qué hacer. Son duros —muy duros!— estos meses primeros. Incluso piensa —con cierta desesperanza— en regresar a su tierra.

Por fin, el 15 de noviembre, es nombrado colaborador del Hull-Physiological Laboratory que dirige el Prof. Stewart. Es aquí —con la ayuda del Dr. Guthrie— donde Carrel lleva a cabo la primera gran obra de cirugía experimental. En su Ponencia al Congreso celebrado en Montreal, mostraba la técnica de sutura que le había permitido realizar dos grandes tipos de experiencias: las anastomosis arterio-venosas y los trasplantes de órganos. Esta técnica operatoria constaba de cuatro tiempos: 1º Hemostasia provisional y preparación de los vasos. 2º Fijación de los tres puntos de apoyo. 3º Tracción excéntrica y triangulación del vaso. 4º Sutura y restablecimiento de la corriente. Sólo la gran habilidad manual —y la constancia y el esfuerzo— del joven cirujano lyonés, había hecho posible la casi increíble hazaña de hacer caminar las agujas en el espesor de la pared del vaso sin perforar su endotelio. Tan exquisita sutura, hizo posible —también— abocar arteria y vena en lo que fuera un ensayo de mejorar ciertos casos de obliteración arterial. Haciendo llegar así la sangre oxigenada por la vena, se produce una inversión de la circulación.

Tal es el caso de la experiencia que —a instancias de Jaboulay— realizó Carrel con la ayuda de los Drs. Soulier y Morel de la escuela de Lyon: abocar la arteria carótida con la vena yugular. Sería éste un sistema de suplir la falta de riego por un trombo en la arteria y quizás el comienzo de un tratamiento para las isquemias cerebrales, las idiotías microcefálicas, etc.

Pero más aún que las anastomosis arterio-venosas, lo que dió a Carrel renombre, en esta primera etapa fué el transplante de órganos *in vivo*.

La extirpación de la glándula tiroides y la re-implantación en el cuello del mismo animal; y la misma operación con el riñón, fueron las dos primeras experiencias hechas por Carrel. Desgraciadamente la infección acababa con casi todos estos perros y Carrel escribía al final de su Ponencia: "Para que las experiencias llegaran a buen término, habría que colocar a los animales en excelentes condiciones de asepsia y vigilancia. Mis resultados son, pues demasiado incompletos para ofrecer conclusión alguna. Estas experiencias deben de quedar aún en el campo de la experimentación. Quizás nunca lleguen a salir. Pero no es imposible esperar que sean un día el punto de partida de operaciones nuevas y de una terapéutica fecunda".

En Chicago se dedica Carrel a esto: a buscar operaciones nuevas. Trabaja sobre todo en el transplante de venas, ya iniciado en Lyon; establece una doble característica según sea uniterminal o biterminal y aún en ésta, completa e incompleta. o

Inventa el sistema del "patching" en el transplante de vasos y órganos. Estudia el funcionclismo de las vísceras transplantadas. Realiza por primera vez el transplante en masa de los riñones, operación que consiste en extirpar a un perro todo su sistema urinario —riñones, ureteres, vejiga, nevios, arterias y venas— y colocarlo a otro perro. Hace lo mismo con los ovarios de gatas. Y en cierta medida, puede decirse que el problema técnico ha quedado ya resuelto. Pero hay otra faceta aún inédita y no menos difícil. Realmente estos nuevos órganos cumplen en el otro animal, o en su nuevo sitio, el papel que corresponde? He aquí una interrogante que ya se plantea Carrel ahora y que le va a llevar a las bases mismas de la bioquímica de los tejidos y órganos. Los trabajos sobre la vida latente de las arterias, por ejemplo, y su aplicación en la cirugía de los transplantes de vasos, provienen ya de esta época —técnica del "cold storage"—. Dijérase que Carrel ha entrado ya —definitivamente— en el camino de su vocación científica. Y sin embargo...: "Chicago —3 de abril de 1905. Querida mamá: A-

cabo de recibir tu carta del 23 y otra de José. Me envió también los "Médicos" de Abel Faivre. Es admirable de cínica verdad. Ningún extranjero se acerca a los caricaturistas franceses. Quisiera poder ir a S. Martín este verano, y ver vuestras hermosas reparaciones. Desgraciadamente un número infinito de razones no me lo permiten. Si pudiera trabajar aquí seriamente, en condiciones materiales suficientes, llegaría muy pronto. Pero no puedo. Necesitaría relaciones que no poseo. Si pudiese trabajar no me harían falta. Pero al no tener la posibilidad de trabajar, no avanzo, me aburro y —sin duda— voy a irme. De momento interinamente y por un mes tan solo, soy profesor de Patología Quirúrgica en el Colegio de Médicos y Cirujanos. Pero esto no me ocupa más que un total de 2 horas diarias. El resto del tiempo me aburro y estudio español, lo que no es un trabajo. No estoy hecho para esta existencia idiota. Quiero salir de ella a cualquier precio. No tendré el placer, pues, de descansar este verano en la Bâtie. Adios querida mamá. Un abrazo. A. C."

Otra vez Carrel vuelve a su idea del campo. Esta vez piensa en la Argentina. Para eso estudia español. Y de pronto —mediados de abril— Carrel es invitado a la Johns Hopkins University de Baltimore para exponer sus ideas. Los más eminentes sabios americanos discuten con él sus trabajos. Harvey Cushing, Halstedt, Welsh —entre otros— le felicitan y le admiran.

Carrel está dichoso. Pasa por Filadelfia y Nueva York. Junto al río se eleva un bello edificio en obras. Entra. Allí está el director Simón Flexner, antiguo Profesor de Patología en la Universidad de Pensilvania. Hablan. Un año más tarde, Carrel sería llamado a trabajar en ese edificio que ahora recorre parsimoniosamente.

Vuelve a Chicago. A los pocos días —primeros de mayo de 1905— recibe la noticia del fallecimiento de su madre. Ahora sí que se queda solo. En todo ese año —hasta mayo de 1906— se cierra en sí mismo y trabaja en el laboratorio. En septiembre viaja a Nueva York. Y en octubre de 1906, por fin, entra como "fellow" en el "Instituto Rockefeller para Investigaciones Médicas". Treinta y tres años de edad tiene a su ingreso. Saldrá de allí, justo treinta y tres años más tarde.

No es posible mostrar —aunque no más fuera en rapidísima cita— la ingente obra que Carrel va a desarrollar a lo largo de esos años. Permitid que os diga brevemente la línea fundamental —o mejor: las tres líneas— a cuyo filo se ordena.

En primer lugar, la cirugía experimental. Esta de Carrel fué la única Sección de Cirugía que hubo nunca en el Instituto. Una vez que él

la deje, no volverá a existir. Se dedica a ella intensamente hasta el año 1914. En una primera fase —1906-1909— la obra de Carrel se limita a repetir y ampliar el campo de lo ya iniciado en Lyon y desarrollado, después, en Chicago. Siempre en el terreno de la cirugía vascular, su obra se concreta a los trasplantes de órganos y de vasos, venas y arterias, bien sea en el mismo animal, bien en otro de la misma especie o aún de especie distinta. Son estos trasplantes —según eso— auto-plásticos, hemoplásticos y heteroplásticos.

¿No llegó a intercambiar las patas de dos perros —uno blanco y otro negro— con resultado perfecto? Sin embargo —a causa de complicaciones post-operatorias— no pudo obtener duraciones por encima de treinta días.

La segunda fase de esta etapa quirúrgica, se inicia en 1909. En ese año, Meltzer y Auer descubren el método de la insuflación traqueal que lleva su nombre, y que permite la respiración normal de los pulmones, a tórax abierto, aún en ausencia de movimientos respiratorios. Inmediatamente, Carrel se sirve de ella. Y toda la destreza y habilidad se vuelcan en este nuevo dominio, hasta entonces, casi inexplorado, de la cirugía torácica. Las suturas de la aorta, la cirugía cardíaca, los trasplantes de venas, etc. ocupan casi todo el tiempo de este segundo período.

En este callado, continuo, y sosegado ritmo de su laboratorio, llega a enterarse un día de la concesión del Premio Nóbel. El "Comité Alfredo Nóbel del Instituto Real Carolino de Medicina y Cirugía para Fisiología y Medicina" —compuesto por los Drs. Morner, presidente, Prof. de Química Médica; Sundberg, vice-presidente, Prof. de Anatomía Patológica; Akerman, Prof. de Cirugía; Johansson, Prof. de Fisiología; y Gadelius, Prof. de Psiquiatría— reunido el 10 de octubre de 1912, otorgó a Alexis Carrel uno de los cinco premios que Alfredo Nóbel instituyera en su testamento de 27 de noviembre de 1895. Dos meses más tarde —el 10 de diciembre de 1912— a las cinco de la tarde, en la gran Sala de la Academia Real de Música, tuvo lugar la entrega. Y al día siguiente, Carrel daba su conferencia obligada sobre el tema: "Sutura de los vasos sanguíneos y trasplante de órganos". Quizás sea ésta la última vez que habla acerca de estos problemas.

Diez años han pasado de su primera comunicación lyonesa y ya su espíritu inquieto y aventurero se siente atraído hacia nuevos derroteros. Dijo un día de sí mismo: "Yo soy un inventor de técnicas; a otros corresponde utilizarlas". Esto es lo que ha hecho ya —y seguirá haciendo— a lo largo de su vida.

Desde 1908, todos los años pasa el verano en Francia. Hacia el 15 de agosto —fecha de la gran Peregrinación— se le encuentra siempre en Lourdes.

En 1910 conoce a la que va a ser su mujer. A ambos les une —por sobre todas las cosas— esta experiencia viva del milagro. Alexis Carrel y Ana María Laura Gourlez de la Motte —viuda de la Mairie— se casarán más tarde, el 26 de diciembre de 1913.

En segundo lugar, la cicatrización de las heridas. En 1904, cuando aún luchaba Carrel con su destino en Chicago, le escribía su madre: "28 de noviembre: Seré feliz cuando sepa que tienes un laboratorio. Si pudieses llegar a cicatrizar las heridas en algunas horas, sería extraordinario". Seis años después, publica una comunicación sobre "El Tratamiento de las Heridas". Pero es sobre todo —en la Guerra del 14— cuando Carrel va a poder dedicar su empeño a esta vieja aspiración suya.

Julio de 1914. Carrel y su mujer están en Francia de vacaciones. Estalla la guerra. Carrel debe incorporarse en Lyon. Tiene 41 años. Turnos de guardia. Cirugía. Comienzan los primeros casos de gangrena gaseosa. Con algunos fondos de la Fundación Rockefeller empieza a trabajar con un sistema de irrigación continuo. La infección se extiende. Carrel se desespera. Mas he aquí que un amigo —James Hazen Hyde— lo encuentra en Lyon. Lo presenta a Millerand —Presidente del Consejo de Ministros— y lo apoya sin descanso. Durante los meses de noviembre y diciembre de 1914, Carrel recorre casi todo el frente. Quiere darse cuenta por sí mismo, del estado real de las cosas. La impresión es terrible. El desorden, la disparidad de criterios, el abandono, repercute en el modo de tratar a los heridos. Es así como Carrel logra que le aprueben la formación de un Hospital-Laboratorio que se instala en Compiagne, a 14 km. del frente, en la zona más próxima a París. Con la ayuda de un equipo médico-quirúrgico y hombres de laboratorio, inicia sus primeros trabajos, hacia el 14 de marzo de 1915. En medio de vejaciones sin cuenta y la irónica incredulidad de los "sabios" de su tiempo, los hombres de Carrel trabajan con los soldados heridos. El 25 de mayo escribe: "Comenzamos a obtener resultados muy interesantes". "Dakin — el viejo químico inglés Henry Drysdale Dakin— trabaja soberbiamente". Después de más de 200 substancias ensayadas, la elección recayó en el Hipoclorito de Sosa; a una concentración entre 045 y 050%. A este descubrimiento hay que unir la invención de la técnica de la "irrigación continua". Todo ello recibió el nombre de "Sistema Dakin-Carrel" y sin duda fué el mejor desinfectante hasta la aparición de las sulfamidas y

los antibióticos. Por fin se había conseguido algo. El Hospital Carrel se convierte en Centro de Aprendizaje y experimentación. Allí trabaja Lecompte du Noüy en la ley matemática de la cicatrización de las heridas. Carrel va a Norteamérica —1917— para regresar al año próximo. Y precisamente el 23 de marzo de 1918 —a los 3 años de funcionamiento— un bombardeo alemán destroza completamente el Hospital Temporal N^o 21 o Ambulancia Carrel. Luego viene la victoria. El júbilo. Y una ingenua esperanza de que esta Primera Guerra Mundial —ganada con tanto sacrificio— viene a dar paz, por fin, a los hombres de la vieja raza.

Y en tercer lugar, los cultivos de Tejidos. He procurado mostraros cómo la obra quirúrgica de Carrel, se inicia con el dominio de una técnica de bordadora que posibilita la hasta entonces casi increíble sutura vascular; se desarrolla en el campo de las anastomosis arterio-venosas; y alcanza su culminación en el transplante de vasos y órganos. Había aquí —como él mismo dijo— dos problemas distintos. Uno, el puramente técnico, resuelto ya, satisfactoriamente. Otro, el estrictamente biológico, es decir: el de saber si esos órganos y esos vasos transplantados, pueden cumplir la misión que les hemos designado. Esto requeriría ir a la base química del individuo. Y para ello no hay otro remedio que estudiar las alteraciones que sufre el medio interno de un tejido, cultivado fuera de su organismo. En estas condiciones, un tejido puede mostrar dos clases de vida: latente y manifiesta. La vida latente fué estudiada primero por Paul Bert y continuada luego por Carrel a partir de 1906. Tal fué el caso de las arterias conservadas en frío durante varios días y utilizadas luego para trasplantes de vasos en la técnica del "cold storage". La vida manifiesta de los tejidos fuera del organismo, fué estudiada primero por Harrison en su laboratorio de Anatomía de la Johns Hopkins University de Baltimore, en 1907, sobre sistema nervioso central de un embrión de rana. Burrows —colaborador de Carrel— logró modificar esa técnica. Y en septiembre de 1910, Carrel y Burrows se atribuyen el mérito de haber cultivado in vitro —por primera vez— tejido de mamíferos adultos. La violentísima discusión que tal afirmación suscitó, sobre todo en Francia, tuvo en Carrel una réplica tajante. Cada vez se afirma más en el sentido de recabar para sus trabajos el honor de ser los primeros cultivos. Años después —en 1923— en una comunicación a la Sociedad de Biología, habrá de reconocer que quizás, efectivamente, sus primeros trabajos no fueran auténticos cultivos, sino simples casos de pervivencia. Pero esto no hace sino mostrar hasta qué punto la honradez intelectual del investigador corrige —cuando así lo cree justo— sus anteriores afirmaciones.

De la simple técnica del cultivo en gota pendiente —que apenas da una sobrevida de 10 a 20 días— se pasó muy pronto a otras más complicadas cuyo objeto era evitar la muerte de los cultivos y hacer posible el cultivo de grandes cantidades de tejido. Estas nuevas técnicas fueron puestas en pie a lo largo de 10 asombrosos años de trabajo, que van desde el final de la guerra —en que retoma sus antiguos experimentos— hasta 1930. Primero será el lavado continuo; y luego la inmersión del coágulo, en el que yace el cultivo, en una corriente de líquido nutritivo. Se evita así el almacenamiento en dicho líquido de los naturales productos de excreción de las células. Pero, como escribe el propio Carrel, “la proliferación de las células de tejidos adultos o embrionarios durante varios días o varias semanas, no significa en modo alguno que las sustancias que componen el medio de cultivo posean poder nutritivo. Indica tan sólo, que este medio no es tóxico y que las células son libres de servirse de las sustancias contenidas en el propio fragmento. El aumento de la masa del tejido, es la sola prueba del valor nutritivo del medio”.

Quedan así definidos, dos estados absolutamente distintos de la vida manifiesta in vitro: el de la pervivencia y el del crecimiento. En aquel, las células proliferan y hasta se reproducen a expensas de sus propias reservas. En éste, las células crecen indefinidamente sintetizando su propio protoplasma del medio que las rodea.

Todos estos trabajos llevan a Carrel a dos preocupaciones últimas: la de la muerte y la prolongación de la vida y la de una Nueva Citología; es decir, la de una nueva ciencia que estudie a la célula, no con un simple criterio morfológico, sino como a un ser de cuatro dimensiones, centro de una actividad a la vez funcional y estructural, y que forma con su medio un todo inseparable. Este concepto nuevo, dinámico, de la Biología, va a dar aún un último fruto. El 28 de noviembre de 1930, subía al 5º piso del Instituto Rockefeller, Carlos Lindbergh. El mismo que tres años antes —el 21 de mayo de 1927— llegaba a París a bordo de su “Espíritu de S. Luis” en un vuelo de 35 horas. La estrecha colaboración de estos dos grandes hombres hizo posible que, cinco años más tarde, se presentara un aparato conocido con el nombre de Bomba Carrel-Lindbergh para el cultivo de órganos enteros. Se hicieron más de cien mil horas de perfusión. Fueron cinco años de trabajos secretísimos. Pero al fin, la vieja línea biológica, había encontrado su exponente máximo.

Estamos en 1935. Fecha central en la vida de Carrel. Tiene 62 años. Y en este momento —al mismo tiempo— da las dos obras cumbres de vida sin descanso. Por un lado, el cultivo de órganos. Por otro, “La incógnita del Hombre”.

Pareciera como si la Bomba Carrel-Lindbergh fuese el canto de cisne a su trabajo biológico. Ya no volverá más a él. Ha de continuar todavía cuatro años al frente de su sección hasta que lo jubilen reglamentariamente por edad. Pero su espíritu, su vocación, su inquietud, marcha ya —a toda vela— por caminos muy distintos. Oid, si no, lo que escribía a un amigo: "La vida se hace más sorprendente y misteriosa a medida que la vivimos. Sentimos que nuestras investigaciones científicas no hacen más que rozar la superficie. Es muy difícil —verdaderamente— comenzar una nueva carrera. Porque la investigación científica, biológica, tal como la comprendemos, no lleva más que a cosas insignificantes, en comparación con lo que sería necesario hacer".

No es extraño que Carrel escriba estas palabras? Pocos hombres —sin duda— han llenado su vida con tantos y tan fundamentales trabajos; y menos aún —quizás— han podido gozar del honor que ellos producen. Por qué, pues, este desencanto?

Carrel fué uno de los 28 autores de libro "Biología Humana y Bienestar Social", aparecido en EE. UU. bajo la dirección del naturalista E. W. Cowdry en 1930. La gran crisis económica que ese año azotó a Norteamérica, hizo que varios científicos de primer orden, como Cannon, Sherrington, Parker, Dewey, Millikan, etc. intentasen preguntar qué papel correspondía a la ciencia en la conducción del mundo.

La pregunta no era —ciertamente— fácil. Y menos lo era la respuesta.

Tras cinco años de meditación —exactamente los mismos que dedica al cultivo de órganos— da Carrel la suya. "El Hombre, ese desconocido" es desde luego, una crítica durísima a la sociedad tecnológica de su tiempo, fundamentalmente la yanqui. Es también una recogida de datos de gran valor científico y es —además— un libro de amplia repercusión social. Pero lo que es primariamente, radicalmente, en grado sumo y ante todo, es un programa de soluciones. De nada valdría toda la literatura del libro, toda la crítica, todo su saber biológico, si no planteara al final, el objeto que le mueve. "El Hombre, ese desconocido" no es el libro de un biólogo que divaga sobre filosofías. Es algo mucho más profundo y —a la vez— mucho más comprometido. Es el proyecto de un hombre que indica una carrera. Que sabe bien lo que quiere —aunque este saber bien, no sea aún demasiado lucido— y se levanta, deja todo y se pone en camino. No voy a hacer aquí un análisis del libro, de todos conocido. Me importa mucho más señalar a dónde apunta, qué pretende, qué soluciones brinda, qué medios propone y qué conceptos baraja.

El mismo lo dice claramente al referirse al conocimiento del hombre: "El propósito de este conocimiento no es satisfacer nuestra curiosidad, sino reconstruirnos nosotros y nuestro ambiente. Este fin es esencialmente práctico": ¿Puede ignorar ya alguien lo que pretende este libro?

El último capítulo se titula "La Reconstrucción del hombre". A esta reconstrucción, a esta tarea práctica y urgente, es a la que Carrel va ya a dedicar los años que le queden de vida.

¿Es verdad o no, que la sociedad actual está en crisis?

¿Es verdad o no que bajo esta crisis social hay una crisis del hombre?

¿Es verdad o no, que podemos solucionar esta crisis?

Tales son —a mi juicio— las tres preguntas que subyacen a la estructura del libro y que —en cierto modo— van exigiendo su cumplido desarrollo. Si en el campo de la Botánica, una auténtica y veraz Fitología hizo posible una Fitotecnia, es decir, la obtención de mejores cereales o de rosas más bellas. Y en el terreno animal, una buena zoología desarrolló una Zootecnia —mejores caballos de raza, una mejor producción ganadera— ¿No será posible llegar a la obtención de Hombres mejores, más perfectos, que se ajusten mejor a su vida, que vivan, en una palabra, más "secundum naturam"? Bien sé que en el Hombre hay algo —la Libertad— que le distingue radicalmente de la ciega exactitud de animales y plantas. El Hombre es, ante todo, una inteligencia sentiente. Es decir; un ser cuyo modo primordial de habérselas con las cosas —a esto precisamente, llama Zubiri "Habitad"— es *inteligir*. El Hombre es el único "animal de realidades". Aquel para el cual las cosas son algo más que estímulos, son justamente realidades. Y a las que el hombre contesta, no con puras reacciones, sino con proyectos. Y ahora os pregunto: el Hombre hace proyectos porque es libre o es libre porque hace proyectos? Zubiri —y permitid que os diga que aquí veo yo una de las más importantes afirmaciones de este genial filósofo español— contesta: el hombre es libre porque hace proyectos. Y hace proyectos porque las cosas se le presentan como realidades. Y las cosas se le presentan como realidades porque es inteligente. Inteligencia —dicho sea de paso— que no hay que confundir con Razón. Porque la Razón es un uso de la Inteligencia —el "evidente"— pero no el único, ni quizás el más importante. Quiere esto decir que si el hombre es un animal de realidades, uno de los caminos para llegar a las cosas —uno de los usos de la inteligencia— es la Razón. Pero junto a la Razón hay otros caminos —otros usos— no

racionales y sin embargo tan válidos, tan verdaderos y tan inteligentes. No creéis que Carrel haría propias absolutamente estas palabras de nuestro gran filósofo? No dice Zubiri que la Filosofía es un saber lo que las cosas son. Y no puras, alquiratadas, disquisiciones?

Para esta futura Antropotecnia que Carrel esboza en su libro, empieza exigiendo una Nueva Antropología. Es decir una Nueva Ciencia que estudie al Hombre en su totalidad: como parte y como todo. Como unidad y como multiplicidad. Analítica y Sintéticamente. Esto exige aún, una tarea previa. Lo que Carrel llama "la necesidad de un inventario completo". Una verdadera Antropometría que recogiese todos los datos en torno al hombre y los ordenara en tantos temas como fuese necesario para estudiarlos exhaustivamente. Antropometría, Antropología y Antropotecnia; he aquí las tres etapas que es necesario cumplir.

En octubre de 1935 se esboza ya un primer proyecto de lo que habrá de ser esta Fundación especial que estudie al Hombre. Dos notas la diferencian de cualquier otra parecida. La primera, el ser sintética y no analítica. La segunda, el tener por fin, no curar a los enfermos, sino mejorar a los sanos. A lo largo de cuatro años, Carrel va madurando estas ideas y buscando a los hombres que sean capaces de este gran esfuerzo sintetizador. No basta con poner los hechos en contacto. "La síntesis —escribe Carrel— exige la presencia de los hechos en la conciencia individual y además la fusión de estos hechos por un esfuerzo. De este esfuerzo muy pocos hombres son capaces". El 19 de junio de 1937 inauguraba Carrel las Jornadas Médicas de Bruselas con una conferencia —que nadie entendió— titulada "El papel futuro de la Medicina". Acababa así: "No basta la conquista de la Salud. Se trata de obtener el progreso de la Persona Humana. Porque la calidad de la vida, es más importante que la vida misma. Tal es el papel de futuro de la Medicina". Pocos meses más tarde —el 11 de octubre de ese mismo año— en el Dartmouth College de Hanovre, daba Carrel otra charla sobre el tema: "La Construcción de Hombres Civilizados". Díjérase que una gran prisa le acometió en levantar esta obra que juzga de capital importancia.

Al año siguiente —1938— está a punto de inaugurarla en New Jersey. ¿Y los hombres capaces? Carrel se desespera. Acaba de cumplir 65 años. Debe dejar el Rockefeller. Hace tiempo que la investigación biológica dejó ya de interesarle. El 30 de junio de 1939 cierra su laboratorio. Hace 33 años que entrara allí como "fellow", cuando ape-

nas tenía 33 años y nadie en el mundo esperaba lo que dió de sí este hombre.

Luego viene la Segunda Guerra Mundial. La derrota de Francia. El desastre. La miseria física y —sobre todo— la moral, de este gran pueblo de otrora. Las terribles profecías de Carrel se van cumpliendo apresuradamente. Es necesario hacer algo. Carrel se quema con este fuego entrañable del amor hacia su Patria. La población le preocupa. Sobre todo los niños. Habla con viejos amigos. Se ofrece. El 28 de mayo de 1940 está de nuevo en New York. James Wood Johnson le pide que le acompañe para organizar la ayuda a la población francesa. Carrel acepta.

En los Estados Unidos organizan un gran cargamento de vitaminas con destino a los niños franceses. A bordo del Siboney —un pequeño barco de cabotaje— llegan Carrel y Johnson a Lisboa el 16 de febrero de 1941. Tres días después están los viajeros en Madrid. Carrel inmediatamente toma notas de la grave situación que la guerra civil —primero— y la guerra mundial —más tarde— crearon en la capital de España. Habla con varios médicos —Palanca, Oliver, Jiménez Díaz— y, por orden de Petain, distribuye su cargamento en Madrid y Barcelona, de donde sale el 14 de marzo. Dos días después visita en Vichy al viejo Mariscal, Jefe del Estado. Esta Francia, herida y ocupada, patria de grandes hombres y solar de tantos siglos, llena los ojos pequeños de Carrel de grave emoción y de amor sin límites. Es aquí donde va a iniciar, por fin, esta suprema obra para salvar a los hombres, cuya ambición está muy por encima de sus propias fuerzas físicas, que empiezan —ay!— a faltarle ya, cuando por fin se da cuenta de lo que tiene entre manos.

El 17 de noviembre de 1941, Felipe Petain crea la "Fundación Francesa para el Estudio de los Problemas Humanos", cuyo regente será el Dr. Alexis Carrel.

La flamante Fundación se instala en París en el edificio de la Rockefeller Foundation. Recibe a los periodistas el 15 de febrero de 1942 y se pone a trabajar inmediatamente. Todo ese año se pasa en organizarse. A fines del 43 ya estaban listos tres grandes estudios sobre el niño, el trabajo y los valores mentales de la población. Biólogos, arquitectos, economistas, médicos, abogados, pedagogos, etc. colaboran en esta empresa, de la que Carrel se siente orgulloso —a pesar de sus dificultades—.

Permitidme que os diga sólo una cosa: la envidia, la ceguera, la mediocridad y el odio, pudieron más que los bellos ideales. El 21 de

agosto de 1944, Carrel fué destituido. Acababa de sufrir el 2do. ataque cardíaco. La noticia le abatió terriblemente. Mes y medio más tarde —el 5 de noviembre de 1944— moría Alexis Carrel, en su casa de París, en una fría madrugada.

La Fundación fué disuelta en 1945. Así acabó esta maravillosa empresa; en silencio, callada, desapercibidamente.

Pero, ¿de verdad acabó?

La obra de Alexis Carrel tiene un Pasado. De habilísimo cirujano, vino a dar en constructor de hombres. He intentado mostraros cómo fué recorriendo este largo camino. ¿Podré deciros que también tiene un Futuro? El mismo dijo un día, horas antes de su muerte: "Esto se reanuda en el plano internacional". Muchos son ya los que creen que es posible. Me permitiréis que yo os indique mi personal opinión y cómo creo puede llevarse a cabo?

El objeto de la Medicina es la Salud del Hombre. Y Salud no es otra cosa que la total armonía de estructuras y funciones de la propia naturaleza. ¿No veis, pues, cuán necesario es partir de una auténtico y riguroso concepto de lo que el Hombre es? Apoyado en su sexo —en su instinto— el hombre tiene su Cuerpo y su Alma. Lo que los endocrinólogos llaman caracteres sexuales secundarios y terciarios: toda vida instintiva. Cerrando este triángulo, el Espíritu; no instinto, sino libertad. Y en medio, todo el área de su Naturaleza y su Historia. Tal es la imagen del Hombre para el griego.

El Cristianismo trae una novedad antropológica: el Hombre es hijo de Dios. Hay algo en la naturaleza humana que —sin dejar de ser natural— es más que natural y más que histórico. Este algo sobrenatural y eterno es la Intimidad. En ella —como en el hombre interior de S. Agustín— está la Verdad. Y en ella— síntesis y cúspide del Cuerpo, el Alma y el Espíritu humanos— está la religión, la religación con Dios. Por eso dice Zubiri: "El Hombre no tiene religión; consiste en religión". El Hombre no se acaba en su puro cuerpo, ni en su Alma —como quería Freud— ni siquiera en su Espíritu libre —como quieren los existencialistas—. Por sobre todo ello, la Intimidad del Hombre, síntesis maravillosa y mística. Tal es el Hombre Cristiano. La vida, que no es sino Soledad —si descansa en el instinto— o Compañía —si descansa en la libertad— es Soledad Acompañada para el Hombre entero. Ni Ensimismamiento, ni Alteración. Sino Comunión.

Esto lo ha visto bien la moderna Patología. La enfermedad hay que verla desde la misma Intimidad y no desde cualquiera de las partes del Hombre: Cuerpo, Alma o Espíritu. Y a esto debe tender el mé-

dico moderno: a reordenar la vida del Hombre en su propia Intimidad.

Triple veo yo, esta tarea médica: devolver la salud; conservar la salud y mejorar la salud. Las Facultades de Medicina, enseñan a cumplir la primera. Las Escuelas de Sanidad, a realizar la segunda. No llegará un día en que sea posible poner en pié la tercera, es decir, una Nueva Medicina que —junto a la Curativa y a la Preventiva— mejore a la especie humana?

Yo creo que sí. Porque lo creo os hablo. Porque creo que es necesario que nos dediquemos a reconstruirnos nosotros —según las leyes de nuestra propia naturaleza— y a construir una Sociedad a la que podamos adaptarnos sin degenerar, es por lo que hablo de un Futuro de la obra de Carrel. Grande, extraordinaria, fructífera, ha sido la investigación quirúrgica y biológica de su vida. Pero todo ello es nada en comparación de la idea de su Fundación. No escribió un día: "La ciencia no vale nada si la Sociedad y la Raza degeneran"? "El fin último de la Ciencia debe ser, no el dominio del mundo material, sino la construcción de hombres civilizados", afirmaba Carrel al final de su discurso del Darmouth College. A esto tendía él y a esto tendemos aún nosotros. A once años de su muerte, vamos estando en situación de entender su pensamiento.

La crisis del mundo se acentúa cada día más. Será urgente —sin duda— tomar medidas rápidas para impedir nuestra total destrucción. Pero la única solución posible, la única verdaderamente importante, radica en echar las bases de una Sociedad Nueva. Toda Sociología impone una Antropología; desde Aristóteles a Maquiavelo; desde Hobbes a Rousseau. ¿Cuál debe ser nuestro concepto del Hombre? "El valor de nuestro esfuerzo depende de la riqueza de este cocepto". Cada hombre viene a estar entre Dios y la Sociedad.

De Dios pende nuestra Intimidad, vértice sintetizador y ordenador de nuestra humana naturaleza, al modo como una ideal pirámide de tres caras que fueran Espíritu, Alma y Cuerpo. La vida del animal es una simple contestación, cuya expresión es el binomio estímulo-reacción. La vida del hombre desde su Intimidad, es una respuesta. Y esta respuesta adopta la forma de un proyecto frente a la realidad de las cosas. Porque se enfrenta con las cosas, hace proyectos. Porque hace proyectos, es libre. Porque es libre, es responsable. Ved aquí —muy concisa y rápidamente dicha— la línea eje de la Antropología de Xavier Zubiri.

Carrel recorre el camino opuesto. De la pura biología asciende a la metafísica. Más no por simple frivolidad intelectual; sino por una

auténtica y escondida exigencia de las cosas mismas. La curación milagrosa de Marie Bailly en Lourdes —aquel juvenil 28 de mayo de 1902— le ha puesto frente a problemas que jamás imaginara. "Es vergonzoso orar" escribía Nietzsche. No es más vergonzoso orar que beber o respirar. El hombre tiene necesidad de Dios como de agua o de oxígeno", concluye Carrel en su libro "La Oración".

Esto era, justamente, lo que Carrel quería. Probar científicamente que el Cristianismo es, no sólo una Doctrina Revelada cuyos Preceptos se nos imponen obligatoriamente, sino también la Ley misma de nuestra propia naturaleza, que emerge de nosotros mismos y en la que el hombre se desarrolla plena, total y armoniosamente.

El Cristiano es, no solamente hombre, sino la perfección del hombre. Y la vida sobrenatural, no destruye la naturaleza humana, sino que la eleva y completa.

Naturaleza —Cuerpo, Alma y Espíritu— y Sobrenaturaleza —Intimidación— son los dos planos, las dos órbitas, que dan unidad al Hombre.

Creer algunos que la actual Patología Psico-Somática es el fruto de nuevas ideas. Yno es verdad. Es el fruto de nuevas realidades. Hace unos años, la Neurología y la Endocrinología nada tenía que ver entre sí. En el bloque Hipófiso-Talámico se ha hecho la primera síntesis: la del propio Cuerpo. Un poco más arriba, en el Cerebro Interno —que antes se desconocía— se ha hecho ya la segunda síntesis: la del Alma. Más arriba aún, en el Lóbulo Frontal, se realiza la tercera síntesis: la del Espíritu. Cuerpo —sensaciones— y Alma —emociones— en la órbita del instinto. Espíritu —voliciones— en la órbita de la libertad. De estas realidades ha nacido un modo más completo de ver al enfermo. ¿Por qué no ha de nacer, también, un modo más completo de ver al sano?

Es necesario que el conocimiento analítico del hombre prosiga, a condición de no romper la radical unidad de su íntima naturaleza. Pero es necesario organizar una Síntesis de todos nuestros saberes, a la medida del Hombre.

Esta futura Fundación, habrá de ser el centro de un gran "cerebro colectivo", cuyos hombres tengan una gran capacidad de síntesis. En ella habrá de ir realizándose el estudio de todas las necesidades humanas y el modo profundo, auténtico y radical de satisfacerlas.

Así como en Biología, Carrel pudo mostrar que célula y medio forman una unidad indestructible, así los neurólogos hoy han podido probar que Hombre y Sociedad forman otra unidad inseparable. Por-

que el Hombre lleva —como Júpiter a Minerva— en bella frase de Rof, a la Sociedad en el cerebro.

Si hemos de hacer una Antropotecnia, hemos de hacer también una Sociotecnia. Hacer un Mundo Mejor, Ved aquí algo que rebasa con mucho lo puramente platónico. Sí; pero a condición de no cambiar ideas, sino realidades. El trabajo es largo, ciertamente. Pero, podrá cumplirse?

Muchas de las profecías de Carrel en "La Incógnita del Hombre" hoy nos son harto verosímiles. Sabíais vosotros que su primer editor no quería publicar el libro porque no iba a gustar al público.....?

La crisis de la Sociedad es cada vez más aguda. Irremediablemente vamos hacia la disolución de nuestras actuales estructuras. No será posible que nos vayamos acostumbrando a esa Nueva Ciudad que ha de venir, que ya viene, sin que sepamos por dónde?

"Mi esperanza descansa en los jóvenes; hacia ellos se dirigían las preocupaciones y el afecto de Carrel; sentirán ellos la verdad contenida en estas líneas, que, aún siendo incompletas, habrán de ayudarles, en las horas difíciles de la vida, a entreabrir las puertas tras las cuales les espera una vida útil y quizás feliz", escribe Ana Carrel en "La Conducta en la Vida".

Son los jóvenes los que pueden y deben echar sobre sí la enorme gloria —y la responsabilidad— de continuar este Futuro que la muerte de Carrel dejó abierto. "A la Medicina debe pedirse la solución de los problemas que más interesan para la grandeza y la felicidad de la humanidad", dejó escrito Descartes en el "Discurso del Método". Pero a una Nueva Medicina Mejorativa, cuyo medio sea la síntesis y cuyo objetivo, doble, sea la Construcción de Hombres Civilizados y la de una Sociedad Mejor.

Esta Nueva Medicina ha de cumplir dos tareas inmediatas: primera, la de darnos una nueva idea científica del Hombre —natural y sobrenatural— en la vasta multiplicidad de todas sus actividades; segunda, la de preparar equipos de hombres nuevos, capaces de echar las bases —en un día no muy lejano— de la Nueva Sociedad Humana.

Ved aquí —a mi juicio— la rica perspectiva que la obra de Carrel ofrece. Por eso ésta de hoy, no es una recordación necrológica. En modo alguno. Quizás no estamos, nosotros mismos, aún preparados para entenderla del todo.

Alexis Carrel era un verdadero místico, para quien Dios fué, realmente, la única Luz y el Apoyo y la Fuerza. Esa fé infinita y esa confianza ilimitada, fueron los únicos móviles que sustentaron su ha-

zaña. A nosotros —pequeños rastreadores de verdades— acaso nos parezca la obra de un loco. De un soñador. De un Quijote.

Dejadme que hoy, aquí, esta noche, junto a vosotros, crea que sí es posible. Aunque es de noche: aunque estas luces nos priven de mirar a las estrellas. Pero es igual. Eternas y verdaderas lucirán hasta el final de los tiempos. Dejadme que piense en ésto, repitiendo los versos de S. Juan de la Cruz —aquel otro gran místico—: "el torrente que nace de esta fuente "bien sé que es tan capaz y tan potente aunque es de noche".